

Intelectuales: entre un mapa de la cuestión y un programa de estudio

Reseña de *Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta*
(Carlos Altamirano, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013)

Martín Retamozo¹

La cuestión de los intelectuales es un tema que, si bien nunca abandona la escena por completo, reconoce momentos de reubicación entre las preocupaciones centrales de las ciencias sociales. En los últimos años en América Latina el interés por el asunto se ha fortalecido. La aparición de compilaciones como las que han dirigido Carlos Altamirano y Jorge Myers, bajo el título de *Historia de los intelectuales en América Latina*, cuyos tomos I y II se titulan “La ciudad letrada, de la conquista al modernismo” y “Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX”, publicados en el 2008 y el 2010 respectivamente (Editorial Katz, Buenos Aires) son una prueba de ello. La realización del I Congreso Internacional de Historia Intelectual en septiembre del 2012 en Medellín (Colombia) —el II congreso se realizará en el 2014 en Buenos Aires— y la publicación en el 2013 del libro que aquí comentamos, una edición ampliada de la obra que el mismo autor había publicado en el 2006,² así como la publicación de la revista latinoamericanista *Nueva Sociedad* que titula su número 245 “Intelectuales política y poder ¿qué hay de nuevo?”, confirman la actualidad del debate.

1 Agradezco a Olga Bracco sus valiosos comentarios a la presente reseña.

En este contexto la aparición de *Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta* introduce y ordena una discusión sobre un término polisémico y controvertido a partir de los apuntes y anotaciones que Carlos Altamirano —uno de los principales referentes del tema en América Latina— fue desarrollando tanto en trabajos de investigación como a lo largo del dictado de cursos de posgrado. La articulación entre la historia intelectual, la sociología de los intelectuales y los estudios sobre élites ofrecen un camino que a la vez mapea y propone horizontes para el abordaje. Los seis capítulos que componen la obra pueden leerse como un itinerario perspicaz para inmiscuirse en la cuestión, pero también —y gracias a su coherencia interna— como intervenciones autónomas sobre diferentes temas: la genealogía del término, la normatividad, el marxismo, las perspectivas sociológicas, la disputa por la definición y las mediaciones en los diferentes contextos. La pregunta de inspiración mannheimiana parece ser un intrínquis al punto que aparece dos veces y resuena en diferentes pasajes: ¿cómo tratar sociológicamente la cuestión de los intelectuales sin elaborar criterios y esquemas de clasificación para grupos, clivajes y jerarquías del mundo social que no se dejan apresar a través de la definición económica de clases y las divisiones sociales? (pp. 83 y 104).

2 El autor explica que esta segunda versión incorpora aspectos que habían quedado excluidos de *Intelectuales: notas de investigación* (Buenos Aires: Norma).

En el capítulo I, “Nacimiento y peripecias de un nombre” (también publicado como artículo en la citada *Nueva Sociedad*), Altamirano repasa el origen conceptual del término situado canónicamente a partir de la controversia sobre el caso Dreyfus y la célebre intervención de Émile Zola “*J'accuse...!*” en 1898, apoyada luego por un conjunto de hombres de las ciencias, las artes y el pensamiento. En este acto bautismal quedan planteadas dos tensiones que se consolidarán en el estudio de los intelectuales: la primera, la relación entre campo político y campo intelectual; la segunda, entre la tarea individual y la intervención colectiva. Asimismo

debemos incorporar una tercera cuestión: la disputa por la legitimidad, el campo semántico y el universo de referencia para el nuevo epíteto. Estos tres ejes atraviesan buena parte de los estudios sobre los intelectuales.

Altamirano reconoce los reparos contra la posible universalización francófila, pero recuerda que el impacto del caso Dreyfus alcanzó a diversas comunidades nacionales y que Francia se encontraba en el sitial de la cultura occidental hacia finales del siglo XIX, por tanto, el efecto no es prescindible. Las recepciones en España (la célebre generación del 98, con Unamuno, Ortega y Gasset, entre otros) y en América Latina (en especial a partir del *Ariel* de Rodó) son puestas en contexto por Altamirano como un modo de articular la dimensión universal de la discusión con las apropiaciones desde espacios históricos, culturales y políticos particulares. También repasa su uso relativamente tardío en Italia, las zozobras del término en el contexto cultural británico y en la tradición germana. Altamirano extrae algunas conclusiones en consonancia con el programa de investigación sobre intelectuales, en especial la necesidad de indagar las gramáticas de la vida cultural, la formación de las élites y la historia (o las historias) intelectuales de las diferentes comunidades más allá de la genealogía del término.

El capítulo II recupera el tercer nudo planteado en el antecesor: la querrela por el lugar del intelectual y su valía. La pregunta por el ser y el deber ser del intelectual recupera el eje normativo del problema y reaviva las controversias. Una concepción difundida otorga a estos “seres del pensamiento” un mandato en la polis, cuyo abandono es causal de acusación de traición. Esta deontología intelectual se concreta en diferentes formas: para Julien Benda será el oficiar de “sacerdotes de la justicia abstracta”; para Jean Paul Sartre en la imposibilidad de eludir la responsabilidad con su tiempo, y para Edward Said, este debe ser “un francotirador” de verdades incómodas apostado en el pensamiento crítico. Michel Walzer, por su parte, propone a la tribu como intérpretes críticos de la moralidad vigente de la comunidad.

El análisis de la cuestión de los intelectuales en el marxismo es objeto del capítulo III. Altamirano argumenta que si bien el tema no concitó la atención de Karl Marx, los rastros que pueden seguirse del tratamiento de la ideología y de los ideólogos han sido objeto de diversas apropiaciones. Fue Karl Kausky uno de los primeros en asumir sistemáticamente el desafío de ubicar a la *intelligentsia* en el escenario de la militancia socialista de finales del siglo XIX, habida cuenta de la cantidad de hombres de ideas que se acercaban al movimiento. Kausky explica que como consecuencia de la división del trabajo manual y espiritual detectada por Marx, se produce la existencia de un grupo en el seno de la burguesía que adquiere características específicas. Así, por un lado, el autor busca reducir esa nueva clase media a categorías socioeconómicas que expliquen sus intereses; por otro, se topa con la heterogeneidad al interior de esa clase y, finalmente, con la invocación de ciertas conductas esperables por el acceso de miembros de este grupo a verdades históricas o movilizaciones éticas.

Antonio Gramsci, por supuesto, es el protagonista medular en este capítulo. La propia teoría de la historia que desarrolla el pensador italiano ubica a la política y la cultura en un lugar original para la tradición marxista. En esta concepción la disputa por las ideologías pasa a ser un terreno inescindible de la constitución del proceso histórico y, por ende, de la lucha de clases. Altamirano presenta la conocida preocupación gramsciana por analizar las formas de dominación en Occidente para definir una estrategia para el partido revolucionario. Allí los intelectuales, en el campo de la sociedad civil, funcionan como una instancia de organización de la hegemonía sobre los otros estados sociales. De allí se derivan dos cuestiones claves para el marxismo: la relación de los intelectuales con las clases fundamentales y los dispositivos que median entre los grupos sociales y el Estado. El análisis de la primera cuestión lleva a Gramsci a su famosa distinción entre intelectuales orgánicos e intelectuales tradicionales, el de la segunda a su concepción de la sociedad civil.

Una vez finalizado el análisis desde el marxismo, Altamirano dedica un capítulo al estudio del modo en que la sociología abordó el tema de los intelectuales. La preocupación de la sociología se ubica en establecer las especificidades de los intelectuales realmente existentes, prescindiendo —al menos en intención— de la dimensión normativa. Si bien el texto de Karl Mannheim *Ideología y utopía* (1929) suele ubicarse como inicial, la tradición germana (incluido Weber) había dedicado observaciones sociológicas sobre el lugar y las características de la *intelligenstiza*. Los escritos de Mannheim marcan para Altamirano un hito en la reflexión sobre las nuevas condiciones sociales de emergencia de los hombres dedicados al pensamiento, las artes y la ciencia, así como su lugar en la contienda política. Esta mirada no está del todo exenta de ciertas expectativas de la labor de los intelectuales, ahora relativamente autónomos de las clases sociales de las cuales provienen, como agentes capaces de acceder a la objetividad de la totalidad social y en ese sentido portadores de historicidad.

Altamirano escoge a Edward Shils como el portavoz de la preocupación funcionalista sobre el comportamiento de ciertas élites disconformes con la misma sociedad de la que son parte. Shils constata en todas las sociedades la existencia de personas con propensión a dedicarse a cuestiones que van más allá de su vida cotidiana y con la necesidad de producir acciones que exterioricen estas preocupaciones. A su vez, y esto es lo central, la necesidad de la sociedad de vincularse con los fundamentos, lo sagrado y lo trascendente. Los fundamentos del poder, la propia historia y la educación requeridos por las sociedades se incrementan cuando estas ganan en complejidad; allí los intelectuales se vuelven más relevantes como instancia de garantía de la autoridad sobre el conjunto. La producción de ciertos principios estructurantes de la comunidad y elementos de socialización son provistos por los intelectuales. No obstante, esto no exime de tensiones al interior de este grupo ni a los intelectuales y quienes detentan el poder en la comunidad. Los intelectuales para Shils, dice

Altamirano, tienen entonces la función de definir aspectos centrales en la estructura de valores de la comunidad y de colaborar en la reproducción del orden social, de allí la necesidad de cooperación con los poderes terrenales para la integración de las sociedades modernas.

Pierre Bourdieu es quizás la referencia máxima en el estudio de los intelectuales. Su apropiación de los clásicos, la inscripción de una teoría de los intelectuales en la sociología de los campos y el desarrollo de un programa de investigación empírica han contribuido enormemente a situarlo como una referencia obligada. La conformación de los sistemas de dominación simbólicos y sus gramáticas son preocupaciones que Bourdieu recupera de los clásicos de la sociología y desde allí elabora su propia concepción del campo intelectual, su autonomía relativa, sus luchas y su función ideológica en la producción de la cultura legítima. La posición de los intelectuales como fracción dominada de los sectores dominantes le otorga una particular disposición para establecer alianzas con los distintos sectores en pugna en una sociedad. Zygmunt Bauman —a juicio de Altamirano— enfatiza con su concepción del intelectual como legislador el aspecto de complicidad entre el saber y el poder en la edificación del orden moderno, en sintonía con los planteamientos de Foucault.

El capítulo V es un cuidadoso recorrido por las teorías antropológicas e historiográficas sobre las concepciones de los intelectuales en diferentes momentos de la historia de la humanidad. En efecto, la pregunta por la existencia de intelectuales en las sociedades ágrafas o su ubicación en la temprana modernidad devela el interrogante sobre las condiciones sociohistóricas del surgimiento de la tribu. Antropólogos como Jack Goody y Ernest Gellner e historiadores como Jacques Le Goff debaten en la pluma de Altamirano, sobre la genealogía de los intelectuales, tarea por supuesto relacionada con la controversia sobre la definición y el alcance del concepto. En la segunda parte del capítulo Altamirano plantea algunas de sus propias coordenadas, preguntas e hipótesis sobre la cuestión de los intelectuales y la política en las que revisita las páginas anteriores.

El capítulo final, “Contextos”, introduce una dimensión analítica que en ocasiones es soslayada: las condiciones de posibilidad y las mediaciones institucionales de los grupos intelectuales. Allí se indaga la relación de los intelectuales con el entramado institucional (religioso y estatal) pero también el lugar en las culturas nacionales y el mercado ávido de bienes culturales. La universidad, como hábitat de la mayoría de estos intelectuales, es abordada también dada la importancia que ha cobrado en el mundo contemporáneo. Sin embargo, ni una palabra hay allí sobre los avatares de las universidades en América Latina, su relación con las élites, los poderes y los procesos políticos. El lugar de las revistas, los premios, las librerías, las bibliotecas y las asociaciones de intelectuales es señalado sumariamente y el capítulo finaliza con una referencia al papel de la tradición en la conformación de la tribu y sus rituales.

El libro de Altamirano, a la vez que esboza un mapa de la cuestión ofrece pistas para un programa de investigación sobre los intelectuales, además de una bitácora de los seminarios que ha dictado en los últimos años. Como el autor advierte, expone un conjunto de temas, hipótesis y líneas de trabajo. En ese plano se puede comprender, por ejemplo, que bajo un capítulo como “a la luz del marxismo” se limite a unas notas sobre Marx, Kausky y Gramsci, dejando para futuros desarrollos el abordaje de un debate que fue cobrando centralidad en la tradición marxista y cuyo estudio requiere otros esfuerzos de mayor extensión.

Altamirano introduce un agregado al subtítulo de la primera obra, las notas ahora son “sobre una tribu inquieta”, pero ¿a quién inquieta esa tribu?, ¿al poder político?, ¿al poder mediático?, ¿a los buscadores de definiciones?, ¿o son esos propios intelectuales los que se mantienen activos y a la vez esquivos entre sus actividades creativas y su intervención pública? Existe lo que podemos llamar “la paradoja de los intelectuales”, que consiste en esta imposibilidad de hacer un análisis de esta tribu incómoda sin compartir su comunidad —al menos como un extranjero, para recordar a Simmel—. La imposibilidad del (auto)análisis objetivo

implica el desafío de la honestidad (intelectual) de exponer nuestros puntos de partida teóricos y metodológicos, éticos y políticos para analizar el vínculo entre el mundo del pensamiento ilustrado, la creación artística o el quehacer científico y la intervención en el espacio público desde la legitimidad —implícita o explícita— que esta le confiere. Un debate sisifiano, ineludible y siempre urgente.

Sacar provecho del libro de Altamirano requiere una lectura desplegable (en la lógica del hipervínculo), es decir, la que utiliza las notas para dirigir su atención al mundo, la biblioteca y las discusiones que se encuentran allí contenidas, condensadas, en ocasiones apenas esbozadas como un guiño al lector en medio de la sobriedad que caracteriza al autor.

CARLOS ALTAMIRANO

INTELECTUALES

Notas de investigación sobre una tribu inquieta

